



San Ignacio del Masparro, 7 de julio de 1985

R.P.

FAUSTINO MARTINEZ DE OLCOZ, S.J.

**Pamplona.**

Querido Faustino:

En estos días pasados he sentido la emoción de acercarme a conocer una zona de la Guayana Venezolana, que sólo he rozado tres o cuatro veces. Una vez volando en un pequeño avión particular de un antiguo alumno mío, a quien encontré sin buscarlo, en el Hato Santa María, entre la desembocadura del río Capanaparo al Orinoco y la del Meta.

Los dos son grandes ríos sobre todo el Meta, que forma en unos cientos de kilómetros la frontera sur de Venezuela, con Colombia. Es una región casi despoblada.

Andaba yo de excursión exploratoria, sobre la posibilidad de que Fe y Alegría se encargara de un Internado próximo a la conjunción Capanaparo Orinoco en un punto muy solitario y agreste. Acompañaba al Dr. Michelangeli, que en ese tiempo era Gobernador del Estado Apure y tuvo la gentileza de llevarme a Urañón y de allí al Hato Santa María, en su propio avión, para tantear la posibilidad que ofrecería Pepito Herrera, su dueño, de favorecer nuestra entrada en el Internado de Urañón.

Al poco rato vimos que Pepito volaba por otros rumbos y abandonamos el intento. Con gesto de Príncipe descorchó unas botellas de un vino francés añejo de treinta años de ilustre cosecha. Almorzamos al aire libre sobre immaculados manteles. Al almuerzo llegó retrasado Edmond Benedetti, mi antiguo alumno, que nos sobrevoló a baja altura. Hacía muchos años que no lo veía.

Celebramos el encuentro inesperado. Llevé la conversación al tema de las antiguas Misiones Jesuíticas, situadas en aquel sector y a la curiosidad que yo sentía, de encontrar el emplazamiento de alguna de ellas. Si fuera posible de todas. Me encantaría fundar un Colegio Profesional de Fe y Alegría, sobre un emplazamiento lleno de nuestra Historia.

Edmond se ofreció a que saliéramos a recorrer por el aire las orillas del Orinoco, desde la boca del Capanaparo a la del Meta. Así lo hicimos dándole cuatro pasadas a este proyecto a una altura de unos mil metros. Dicen que las ruinas aún casi borradas, por la intemperie y por la maleza se perciben desde lo alto en líneas imposibles de captar, desde el suelo. Pero no vimos ni el más mínimo trazo de lo que pudieran ser los vestigios de un pueblo. Esta búsqueda, siguiendo la abundante documentación de estas Misiones, podría llegar a localizar por tierra el emplazamiento de todos los Pueblos con gran precisión. Pero el interés por esta epopeya sepultada hace doscientos dieciocho años casi ha desaparecido, salvo en unos pocos Historiadores.

El poder volar cómodamente, sobre un buen espacio de nuestras viejas y muertas Misiones, me avergonzaba, pensando cuantos años de esfuerzos y sufrimientos indecibles les habían costado a mis Hermanos, en los siglos XVI, XVII y XVIII. Aquellos lugares me atraían y me siguen atrayendo.

Otras cuatro veces fui por allí recorriendo tres los Llanos de Apure a campo traviesa orientándonos por el sol. La última vez sólo a vista de pájaro, cuando regresaba de la fundación de Fe y Alegría en el Brasil, pues el avión recorrió el curso del río Caura, un afluente, que

viene hasta el Orinoco, casi desde la frontera brasileña.

Ahora voy con especial empeño para ver si encuentro un resquicio, para iniciar actividades y para proyectar con las Hermanas Misioneras algo concreto. No podemos dejar que el olvido borre las huellas de nuestros Padres. Estoy seguro de que Ellos intercederán por nosotros en la renovación de su gran aventura apostólica, en la cual vivieron con afán de héroes y por la cual murieron.

Desde luego que además de sus documentos en los archivos y en los libros impresos, no faltan las huellas vivientes. Por ejemplo: Hace unos treinta y ocho años, yo decía Misa todos los días en la Parroquia de la Catedral de Caracas, a las seis de la mañana. Era Párroco en ese entonces Mons. Críspulo Benítez Fonturbel, que hoy es el Arzobispo Dimisionario de Barquisimeto.

Fue nombrado Administrador Apostólico de la diócesis de Guayana en esos años sede vacante. Un día, después de la Misa, en una de esas típicas tertulias de sacristía, Mons. Benítez, que había regresado de Guayana, contó lo siguiente: El P. Cámara, Paul con residencia en Ciudad Bolívar, capital de la Guayana Venezolana, había hecho una entrada por el Caura en las cercanías de Maripa. Por allí encontró unos indios, (que presumo, que serían Yecuanas). Los indios le preguntaron si él era Jesuita.

Cámara asombrado por esta pregunta y picado de curiosidad, dijo que sí, para ver en qué paraba aquello. Entonces los Indios lo condujeron a su Cacique. Este mirándolo severamente le preguntó: ¿Tú siendo Jesuita...? Cámara respondió resueltamente, sí. Entonces el Cacique visiblemente enojado le dijo: Padre... ¡¡¡no mentir...!!!

El asombro de Cámara subió de punto al comprobar, que el Cacique de la selva distinguía que un sacerdote podía pertenecer a varias Ordenes o Congregaciones Religiosas y le preguntó ¿en qué conocía que él no era Jesuita...? La grave respuesta fue: ¡¡¡Padre, yo teniendo señal...!!!

Cuando Cámara retornó a Ciudad Bolívar, le contó a Mons. Benítez todo lo sucedido, ex-

presando su sorpresa y su interés, en que fuera algún Jesuita a encontrarse con el Cacique.

Mons. Benítez quería que yo fuera inmediatamente, por suponer que el Cacique reconocería en mí al Jesuita, que esperaba. Yo le hice la consideración, de que lo más probable era que al salir expulsados los Jesuitas de las Misiones del Orinoco, alguno de aquellos Padres hubiera convenido con algún Jefe Indio una señal, para cuando ellos o si ellos no podían alguno de sus sucesores regresara. ¿Para qué la señal...? Se podía tratar de algún ocultamiento de vasos sagrados o de algún manuscrito, que consideraban valioso o de alguna otra cosa, que debería esconderse y mantenerse entre tanto en absoluto secreto.

¿Cuál era esa señal...? Yo lo ignoraba por completo. Era inútil que fuera a entrevistarme con el Cacique. Si me preguntaba si yo era Jesuita, al responderle que sí: me diría a mí también: ¡¡¡Padre no mentir...!!!

Así quedó sin resolverse este pequeño o gran secreto. Pero afirmo que recuerdos como éste, quizá queden otros, que se irán extinguendo a lo largo de estos aproximados Doscientos Dieciocho años, que han transcurrido desde que fuimos expulsados del Orinoco.

En nuestro viaje llegamos a San Ignacio del Masparro, donde almorzamos, siguiendo después hasta el Colegio Padre Gumilla, en La Guanota, Estado Apure. Aquí pasamos la noche, en este hermoso Colegio de formación Agro-Pecuaria de Fe y Alegría.

Esto era llegar a la propia casa, donde fuimos recibidos y atendidos con gran cariño por la Comunidad.

En la tertulia antes de ir a descansar comentamos pasajes del gran Padre Gumilla, autor en 1741 del Orinoco Ilustrado y Defendido. Es un libro extraordinario, para quien trate de conocer y evangelizar a Venezuela o a cualquier otro de nuestros Países Hermanos. Gumilla juntamente con Rivero y Gilli fueron los Misioneros Cronistas, en cuyos libros está atesorada una considerable parte de nuestra gesta evangelizadora y civilizadora del Meta y del Orinoco.

Temprano, a las cinco y cuarto, salimos de La Guanota, para llegar en un recorrido veloz

hasta Cabruta, donde están encargadas de la Parroquia dos Hermanas de la Caridad de Santa Ana. El primer día la etapa Mérida-Masparro fue de seiscientos cuarenta kilómetros y el segundo de quinientos cincuenta.

Restados los ciento sesenta kilómetros de Mérida a Barinas, recorrimos algo más de mil atravesando de oeste a este los grandes Llanos de Venezuela, que se tienden de la Cordillera de los Andes hasta las orillas del gran río. Claro que la carretera que seguimos, hace un gran rodeo.

En Cabruta embarcamos nuestra camioneta en una chalana y pasamos en una media hora hasta Caicara en la orilla oriental. Allí el río es ancho de varios kilómetros. Tanto Cabruta, como Caicara son dos pueblos fundados por los Jesuitas. Sentí verdadera emoción al pensar cuantas veces cruzarían aquella anchura nuestros Padres embargados en sus preocupaciones pastorales y tan dispuestos a defender a sus queridas ovejas, que buscando un estrechamiento del río y probablemente alguno de los cerros que hay en ambas orillas, emplazaron cañones, para cerrar el Orinoco cruzando fuegos a los Indios Caribes, a quienes armaban los Holandeses de Guayana. Los Caribes subían el Orinoco, para la cacería de nuestros Indios cristianos, vendiéndolos como esclavos a los Holandeses.

Nuestros Misioneros no tenían empacho en construir Pueblos, recorrer por primera vez inmensas regiones antes no exploradas, formar hatos de ganado, para alimentación de sus fieles y realizar emplazamientos de artillería, para protegerlos de la fuerza salvaje de los Caribes.

Estos eran algunos de los pormenores que acompañaban su catequesis, para la cual debían emprender el aprendizaje de numerosas lenguas indígenas. Hoy subsisten todavía treinta y cuatro en Venezuela. ¿Cuántas más se hablarían entonces...?

En Caicara de Orinoco están al cargo de la Parroquia dos Padres Mexicanos, Religiosos de la Natividad de María, que es una Congregación muy reciente. Fuimos a saludar al Párroco, que es el P. Rubio.

Además en Caicara tienen una Casa las Hermanas de la Consolación. Son cuatro, una catalana de Tortosa, otra murciana, otra granadina y otra navarra de Murchante, Asunción Fernández. La casa está rodeada por un terreno bastante grande en el cual hay una churuata de palma de moriche y tres galponcitos con cubierta de láminas de aluminio, más un galpón grande. Todas estas construcciones son abiertas. En ellas cuelgan sus hamacas varias familias de Indios Panares, como les dicen los criollos. Ellos se autodenominan Eñepá. Son Indios, que pueblan una región grande en los contornos de Caicara, pero que se extienden más de doscientos kilómetros por la carretera que va de Ciudad Bolívar y que pasando por Caicara llega a Puerto Ayacucho. Posteriormente a lo que te escribo en esta carta, encontramos Indígenas Panares, Guajibos, Mapoyos y Piaroas, en el recorrido desde Caicara a Puerto Ayacucho (324 Km.). Habla cada grupo su propia lengua.

Si encontráramos terrenos suficientes, sería una gran realización construir una Escuela de carácter profesional, para contribuir a la elevación humana de todos estos grupos indígenas y a su cristianización mezclados con los alumnos criollos. Un Centro parecido a San Ignacio del Masparro. Por eso es tan trascendental, que hagamos en el Masparro un Modelo Piloto, que nos sirva para extendernos por toda Venezuela.

Te decía Faustino, que llegamos mi compañero y yo a esta Casa de Hermanas de la Consolación y nos hospedamos allí como en un verdadero centro de operaciones. Descansamos esa noche y por la mañana del primero de Julio a las seis y media salí a ver a los Panares. La Hermana Asunción repartía el desayuno a los niños y a los enfermos de este Campamento. Vienen aquí a vender sus cosechas y también las cestas, en que son verdaderos maestros de gran habilidad y buen gusto en el diseño, que las adorna.

También como las Hermanas les atienden, como enfermeras, acuden a este puesto de ayuda. Los casos graves los llevan al Hospital de Caicara.

Esa misma noche, primera que pasamos en Caicara como a las once y media llamaron es-

truendosamente a la puerta de las Hermanas. Se trataba de una niña que parecía tener una hemorragia. Al principio pensaron que sería la sangre de los pulmones. Las Hermanas llevaron a la niña y a su padre al Hospital. Pero la cosa era más sencilla. Le habían tratado de arrancar una muela con un hierro y por lo visto le habían destrozado la encía. Pero como los Panares no hablan nada de castellano, no pudieron ni las Hermanas, ni el médico saber la causa de la hemorragia.

El campamento estaba bastante vacío, pero siempre había unas pocas familias con enfermos. La Hermana Asunción llevaba una olla grande de arroz, panecillos y huevos cocidos. Hay un comedor con mesas y bancos de cemento. Fueron llegando los niños en silencio y se pusieron a desayunar. También llegaron dos hombres jóvenes y dos adultos. La Hermana repartió las raciones a todos.

Era curioso ver los niños y las niñas en cueritos, pero éstas con collares de cuentas, que les dan veinte o treinta vueltas al cuello. Otras llevaban collares de dientes de mono, que son más vistosos.

Estos son de una sola vuelta y los dientes como de dos centímetros.

La Hermana Asunción los llama: Sus Cristos desnudos. Tiene mucho Evangelio esta expresión, mi querido Faustino. Porque son también sus Cristos enfermos, sus Cristos ignorantes, sus Cristos despreciados y sucios. Qué misterio...

En esos momentos sentí más vivos deseos de realizar una Escuela Profesional, para estos Niños y Jóvenes. Para elevarlos y lavarles la ignorancia, la humillación, el raquitismo y todas las calamidades y desigualdades que padecen estos Hijos de Dios y Hermanos nuestros.

Salí de allí diciendo: Gayachú, que parece que es un saludo. Creo que es equivalente a buenos días. Pero al querer comprarles unos canastos, comprendí la enorme barrera, que constituye la ignorancia de la lengua y de tantas lenguas, como todavía se hablan en esta región.

Como nuestro propósito muy limitado y concreto en este viaje, es solamente explorar

posibilidades de personas simpatizantes, especialmente de Religiosas, de terrenos, para cultivos y pastoreo, salimos junto con dos Jóvenes Panares Tosé y Ñasté, hacia un punto como a setenta kilómetros que se llama Santa Fe, en donde existe un poblado de Eiñepá o Panares.

En la carretera había un cartel, que decía a Ciudad Bolívar (capital de este Estado) 374 Km., San Pablo 52, Maniapure 104, Los Pijiguas 150, El Burro 270, Puerto Ayacucho 343. Como Ciudad Bolívar y Puerto Ayacucho están en direcciones opuestas, su distancia es de 717 Km.

Todos estos nombres estaban en nuestras intenciones exploratorias. Por eso lo fuimos recorriendo, además de las minas de diamante del Guaniamo y la estación misional de las Hermanas Lauras en Guarataro.

Dejamos de ir a La Urbana, antiguo punto jesuítico donde hay dos Hermanas Concepcionistas. En esta Congregación tienes tú una prima hermana. Están deseosas de tener un Escuela con Fe y Alegría. Las Hermanas estaban en Caracas.

Tomamos un desvío que nos lleva a Santa Fe, poblado de Churuatas de palma. Todas menos una tienen sólo el techo, para que pase el aire. Son muy frescas. Tosé nos presenta, Tosé ha estudiado en Caracas con una familia que lo adoptó. Tiene 18 años. Es fuerte y bien formado. Usa pantalones y camisa, a diferencia de los hombres de Santa Fe, que van todos en guayuco, que es un breve taparrabos.

Entramos también en la churuata cerrada. Tiene una puerta y un pequeño corredor a modo de estrecho pórtico de palma de coroba. Dentro es bastante oscuro. Encontramos tres hombres. Uno de ellos de arrugas tan marcadas, que le dan especial relieve al rostro y a sus gestos, pues, son las más profundas las que enmarcan los ojos.

Saludamos también al Capitán del Poblado.

Seguimos viaje hacia el Guaniamo, mirando con curiosidad. Hay humildes casas de Racionales, como llaman aquí a los criollos no Indios, que hablan castellano. Son finquitas pequeñas emplazadas en extensiones muy grandes, que no tienen ningún cultivo. Sólo se ven

unas pocas reses vacunas. Pasamos el río Guaiguanito de aguas claras sobre los fondos de viva roca oscura, como es todo el substrato geológico, que se llama Escudo de Guayana. Esta les da a todas las aguas, aunque sean transparentes, un leve tono marrón coca-cola.

Habría que explorar el curso del Guaiguanito más arriba, para ver si recorre alguna sabana grande, que pudiera regarse con un canal, sacado del río. Un criollo que tiene como un restaurante rústico que titula Balneario, nos dice que el agua mengua poco en verano.

Sin duda que sería fácil sacarle a este río un salto modesto, para tener electricidad propia, tan necesaria en una Escuela Profesional situada en estas soledades. Pero sin duda que tenemos que buscar y buscar, para encontrar tierra suficientemente buena, para que proporcionara la alimentación a un gran Internado de cientos de muchachos Indios y Criollos. Sería necesaria esta mezcla, para que vivan hermanadas ambas razas.

Quizá digo una gran impropiedad, al hablar de razas distintas, cuando lo que separa a los dos grupos es sólo la lengua, que es una enorme separación. Pero si mira uno los rasgos raciales, los que se autodenominan Racionales, porque hablan castellano, tienen o el total o más de un noventa por ciento de sangre indígena y contadas gotas de sangre española.

Voy viendo, como me pasó en Los Llanos de Barinas, que lo que más necesito, para encontrar una tierra adecuada para la Escuela Profesional que deseo, es tropezar con personas informadas y suficientemente capaces, que al explicarles el proyecto, puedan comprenderlo y orientarme en consecuencia.

Entre tanto este viaje nos hace gozar de modo indecible, a mí y a mi compañero Eugenio Vaccarotto, por los paisajes preciosos y continuamente cambiantes.

En ese día nos regresamos sin llegar a las Minas de Diamante del Guaniamo y exploramos la carretera de Puerto Ayacucho hasta el Campamento Militar del Maniapure, con el propósito de recorrer en los días siguientes las dos carreteras.

¿Te acuerdas Faustino de las praderías de los alrededores de Burguete y de Roncesvalles en el norte de Navarra...? Pues bien, más verdes y más claros son los vallecitos y los cerros del recorrido que te estoy contando.

El viento es un director cinematográfico habilísimo. Nos deleitó en nuestro veloz recorrido, con increíbles películas de nubes de nieve y nubes blancas y rizadas, grisáceas y nubes panzudas con barrigas de plomo, sobre cielos azules, como los dos de aquel canto, en el azul pintado de azul y en el azul, azul marino y en las lejanías del azul celeste y azul desvaído casi gris. Y todo esto sobre la tierra verde esmeralda con pequeños cerros claros y otros salpicados de enormes piedras casi negras en la lejanía y marrón castaño de cerca, que parecen monstruos acostados en las laderas verdelechuga.

Una fiesta de paisajes, con la carretera como una lanza de muchos kilómetros clavada sin curva en el mismo horizonte. Un pequeño giro de la cabeza, un cuadro, otro pequeño cambio del cuello y otra inmensidad totalmente diferente.

Tanto que Eugenio y yo decíamos: ¡¡¡¡Vamos a dedicarnos a un turismo caro, para ricos aburridos, estudiando y realizando circuitos atrevidos por estas regiones y sobre todo por sus ríos rápidos y caudalosos. Con eso sostenemos la Escuela Profesional, que estamos anhelando...!!!

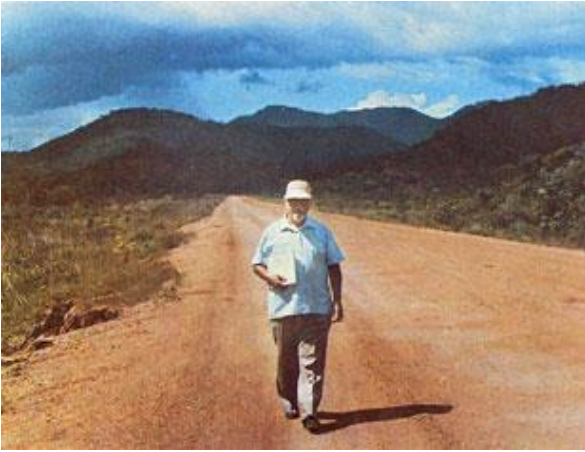
Le estoy cobrando cariño, como a un animal querido, a esta camioneta Toyota Samuray, que tus Colaboradores me han proporcionado. Gracias a ella estamos disfrutando todos los momentos en que ella nos hace rodar por la hermosura de Venezuela.

Tengo tantas cosas que contarte que casi no sé escoger entre el torrente de recuerdos y de imágenes que me acompañan en este viaje feliz.

Recibe mi agradecido abrazo y transmítelo a todos nuestros Cooperadores distantes y queridos.

Tuyo.

*P. José María Vélaz S.J.*



Padre José María caminando por Guayana